

Breve historia de la globalización. Del 1500 a nuestros días. Buenos Aires, Siglo XXI: 2019.

Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson

Por Maximiliano Vadell Cosin
UBA- FFyL

Cuando en la década de 1980 Carl Sagan popularizó la noción de calendario cósmico, seguramente los espectadores sintieron, junto a la fugacidad de su propia existencia, vértigo de saber que los principales acontecimientos que habían dado forma al mundo tal como lo conocían eran en realidad recientes. Algo similar le sucede al lector de *Breve historia de la globalización. Del 1500 a nuestros días* de los historiadores alemanes Jürgen Osterhammel y Niels P. Petersson.

La publicación de *Siglo XXI* traduce al español un texto del año 2003, originalmente en alemán. Tal como sus autores comentan en el posfacio, el objetivo era participar de un debate en torno a las virtudes de adoptar una perspectiva global para los problemas historiográficos, teniendo en cuenta que la orientación dominante priorizaba una escala analítica espacio/temporal acotada. Además, al remontarse al momento original de publicación, los autores recuerdan que, en un periodo marcado por el optimismo frente a las ventajas de la globalización, este concepto se había tornado un continente de expresiones diversas y discontinuas. Frente a perspectivas que tendieron a pensar la globalización o bien como un momento idílico de las sociedades o bien como la causa de todos los males, y en todos los casos como una fuerza omniexplicativa, los autores se propusieron historizar, es decir dotar de contenido, los momentos de avance y retroceso de los impulsos globalizadores a lo largo de un periodo histórico amplio.

Con este objetivo en mente, entendieron el concepto de globalización como una perspectiva analítica similar a los de modernización o secularización. El libro se propone un repaso por cinco siglos de historia divididos a partir de periodos caracterizados por momentos de impulso o retroceso globalizador.

De todos los conceptos llevados a discusión en los primeros apartados, los autores toman la noción de red de Castells (1999), aunque no como una unidad analítica total sino como un indicio del nivel de interacción alcanzado por los diferentes espacios más dinámicos desde donde surgieron las oleadas globalizadoras. También se repasa pormenorizadamente la noción de sistema-mundo de Immanuel Wallerstein (2011) con el objetivo de rescatar un antecedente encaminado a pensar en términos globales. Lo que se critica de este autor es la unilateralidad de la iniciativa europea. La reflexión sobre la obra de Wallerstein, quien inicia su narración histórica en los albores de la edad moderna, es útil a los autores para preguntarse cuál es la novedad del concepto actual de globalización.

Uno de las insistencias recurrentes de Osterhammel y Petersson tiene que ver con la periodización. El enfoque propuesto precisa una propia: 1880 es una fecha clave, antes las interacciones variaron en perdurabilidad y encontrándose en formación. A partir de ella los contactos globales tendieron a la politización. Europa se replegó, guiada por movimientos políticos nacionalistas, los cuales no lograron hegemonizar el espacio público hasta el periodo de entreguerras. Este último constituye para los autores un momento de des-globalización discursiva, ya que las tendencias estructurales eran irreversibles.

El siguiente periodo comienza en 1945. Allí la globalización se tornó una política mundial institucionalizada bajo la hegemonía estadounidense. El próximo corte temporal es la década del setenta. El mundo pareció alcanzar cierta conciencia global a partir de las imágenes de la guerra de Vietnam y del movimiento verde; mientras que la crisis del estado bienestar y las políticas desregularizadoras iniciaron un proceso de transnacionalización y autonomización del capital.

Otro rasgo central que acompaña transversalmente al libro tiene que ver con la relación entre impulso globalizador y estado nacional. Si bien, vistos desde el presente pueden parecer fuerzas en tensión, la narración histórica permite observar el impulso otorgado por la formación y fortalecimiento de los estados nacionales modernos a la profusión de redes a lo largo y ancho del globo. Ya sea a partir del comercio armado, el telégrafo, o la intensificación del tráfico naval a partir de la combustión a vapor; los estados-nación europeos moldearon las conexiones globales.

Más allá del evidente protagonismo de las potencias europeas y Estados Unidos en el proceso narrado, otro objetivo de los autores es plantear el proceso de globalización como interdependiente. Europa, y más particularmente Inglaterra ocupó un lugar central en tanto principal exportadora de capitales y tecnología durante el siglo XIX, sin embargo la globalización tal como la entienden los autores abarcó también las respuestas e iniciativas adoptadas a partir de la intervención europea. El modo en que el imperialismo es descrito recuerda las nociones de Ronald Robinson (1978).

Una buena parte del libro se dedica al estudio de periodos pre-modernos de conexiones transnacionales, llevados a adelante por conglomerados políticos extra-europeos. Es el caso del islam, que si bien no constituyó una unidad política sólida, perduró en términos culturales y religiosos. Además de la religión, otros impulsos globalizadores enumerados por los autores son las grandes migraciones y el comercio a larga distancia.

La excepcionalidad europea tiene que ver con la perdurabilidad y fortaleza de las redes. En el Atlántico Europa pudo crear una sociedad *ad ovo* a partir del exterminio y

sumisión de los pueblos americanos, convirtiéndose así en el primer territorio transnacional plenamente hegemonizado. El comercio de esclavos fue en este sentido un gran impulso globalizador ya que conectó regiones aisladas entre sí en redes de intercambio hegemonizadas por los europeos.

En oriente, por el contrario, existió una densa red comercial en la cual los europeos tuvieron que incrustarse a partir de la instalación de factorías. La unión entre el comercio y la guerra es crucial para comprender la posterior hegemonía europea, conseguida luego de siglos. Hacia 1650 los territorios de ultramar reconfiguraron el espacio planetario.

Un proceso paralelo que los autores atienden es la circulación de conocimientos que van a acelerar el tiempo de los contactos: El conocimiento bélico y la comunicación son detalladamente descritos.

Si el comercio global está interconectado desde mediados del siglo XVI, hacia mediados del XIX los avances tecnológicos centrados en la Europa de la doble revolución aminoraron el espacio mundial y lo volvieron asible para mayor cantidad de gente en menor tiempo. Las grandes migraciones europeas hacia América también fueron relevantes en tanto establecieron redes perdurables. Las invenciones del telégrafo y del barco a vapor fueron determinantes en este proceso. La velocidad de la información permitió a los gobiernos tomar decisiones sobre territorios coloniales alejados. La crisis de 1873 fue el síntoma de la globalización económica.

Desde 1880 el sistema global tuvo sentadas sus bases. Los autores observan las tendencias políticas a la des-globalización, que fueron auspiciadas por elementos nacionalistas. Los líderes políticos encontraron un recurso valioso en los discursos antiglobalizadores con tintes xenófobos. Sin embargo, hacia comienzos del siglo XX el mundo se encontró con un proceso irreversible por la interconexión económica, la magnitud de las migraciones y la irradiación a escala planetaria de la información. Si el periodo de entreguerras suele catalogarse como un ir hacia atrás, los autores llaman la atención sobre la interdependencia económica y la perdurabilidad de las redes.

A pesar de que el sistema global se institucionalizó hacia 1945, los autores encuentran pervivencias, en relación fundamentalmente al periodo posterior: Los estados nacionales mantuvieron el control sobre servicios cruciales como las líneas aéreas y las telecomunicaciones, utilizándolos como fuente de prestigio. En términos culturales, la globalización consolidó el apego identitario habiendo pocas pistas de homogeneización.

Los autores finalizan su narración hacia los setenta, cuando la crisis del estado de bienestar y la caída del bloque soviético auguraron un nuevo periodo ligado a procesos de desregulación y transnacionalización. Ellos se muestran escépticos a considerarlo enteramente novedoso, ya que en rubros como el comercio mundial la densidad conseguida en 1913 recién se alcanzó en estos años.

Breve historia de la globalización... queda identificado al contexto de escritura, cuando la hegemonía exclusiva de Estados Unidos pareció abrir paso a un sistema multipolar al mismo tiempo que se pronosticaron las ventajas sociales e igualadoras de la globalización. Luego de crisis sucesivas de la economía mundial a partir de 2008 y, consecuentemente, de un nuevo avance sobre el nivel de vida de la clase obrera mundial, ese optimismo quedó fosilizado.

Los autores también se esfuerzan en promocionar las ventajas de la perspectiva global en historiografía. Sin embargo, tal como queda explícito en el libro, este análisis puede conllevar el desvanecimiento del carácter colonial, es decir de opresión, de las relaciones mundiales.

Osterhammel y Petersson realizan un muy inteligente resumen histórico en un espa-

cio muy acotado de páginas, con la virtud de conjurar la presentación de un modelo teórico en la narración historiográfica. Por supuesto, no responden su propio interrogante sobre lo nuevo de la globalización actual, si seguimos el hilo de su argumentación la certeza es que vamos cada vez más rápido.

Bibliografía

Castells, Manuel (1999) *La era de la información. Economía, cultura y sociedad*. México: Siglo XXI.

Wallerstein, Immanuel (2011) *El moderno sistema mundial I. la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. México: Siglo XXI.

Robinson, Ronald (1978) “Bases no europeas del imperialismo europeo: esbozo para una teoría de la Colaboración” en Owen, Roger y Sutcliffe, Bob *Estudios sobre la teoría del imperialismo*. México: Era.